

ESPAÑA Y LA II GUERRA MUNDIAL FLORENTINO PORTERO

Klaus-Jorg Ruhl: «Franco, Falange y "Tercer Reich". España en la Segunda Guerra Mundial.» Ed. Akal. Madrid, 1986.396 pp.

Con once años de retraso aparece en nuestras librerías la excelente obra de Karl-Jorg Ruhl sobre las relaciones hispano-alemanas durante la II Guerra Mundial, sin que el paso del tiempo haya disminuido el interés del libro. Para su elaboración el autor consultó los archivos alemanes, ingleses y norteamericanos disponibles, y entrevistó y obtuvo material documental de personas que tuvieron algún papel en este proceso político. La información lograda es de indudable valor. La redacción es inteligente, insertando en todo momento los hechos dentro del marco general de la historia del Reich y del régimen de Franco. El resultado es una buena visión de conjunto de uno de los aspectos más interesantes tanto de la II Guerra Mundial como del Franquismo.

Renuncia el autor a analizar las relaciones hispano-alemanas en el periodo 1939-1940, por considerarlo suficientemente estudiado. Es indudable que estos años son los que más han atraído a publicistas e historiadores. Superada ya la fase de propaganda-contrapropaganda sobre lo que ocurrió en Hendaya, parece haberse llegado a un acuerdo sobre la realidad e importancia de la «tentación» franquista de entrar en la guerra en la primavera y primeros meses del verano de 1940, tentación que iría descendiendo a medida que fracasaba la ofensiva alemana en la Batalla de Inglaterra y se hacía inevitable una «guerra larga». El debate se centra ahora en si a la

altura de octubre de 1940 Franco estaba todavía dispuesto a entrar en la guerra en caso de que Hitler aceptase las reivindicaciones coloniales y la ayuda militar y económica o si, por el contrario, había dado paso ya a la que sería su política a lo largo de la guerra, vincularse al Eje para aplazar *sitie die* la entrada en el conflicto. En cualquier caso, como señala Ruhl, «En Hendaya, en octubre de 1940, las negociaciones hispano-germanas acerca de la entrada de España en la guerra no habían fracasado por las excesivas exigencias españolas en materiales de guerra y alimentos, sino por la consideración de Hitler frente a Francia e Italia» (P 137). La tesis defendida por los publicistas del franquismo sobre una premeditada exageración de las necesidades materiales, utilizada hábilmente por Franco para hacer respetar a Hitler la neutralidad española, carece de sentido. Fueron las reivindicaciones coloniales las que desanimaron al Führer por implicar la ruptura con la Francia de Vichi y previsibles desavenencias con Mussolini.

El libro de Ruhl va más allá de una clásica historia diplomática. Las relaciones hispano-alemanas se ven a través del conjunto de las instituciones, grupos e intereses que de hecho intervinieron en su gestación. Por parte alemana cabe destacar, además de Hitler y del Ministerio de Asuntos Exteriores, a las SS, al propio partido Nacional-Socialista y al Ministerio de la Propaganda.

Con distinta capacidad de influencia e intereses, a menudo contradictorios, la pugna entre unos y otros determinó el resultado final. Por parte española hay que distinguir a Franco de sus ministros de Asuntos Exteriores, y a éstos de militares y falangistas como grupos de presión que actuaban sobre Franco en uno u otro sentido. Especial interés tienen las páginas dedicadas a la intervención alemana en la política interior española a través de la Falange -Hedilla, Salvador Merino y Arrese-, y de algunos militares próximos al partido como Muñoz Grandes y Yagüe. Las fuentes documentales alemanas permiten enriquecer los conocimientos que teníamos de la vida política española durante estos años. Si la figura de Franco está lejos de lograr el respaldo que más adelante conseguiría, es ahora, cuando su liderazgo es discutido, cuando su capacidad de maniobra se nos muestra con más claridad. Las intrigas británicas y alemanas fracasaron en el intento de levantar frente a él un bloque suficientemente fuerte, bien monárquico, bien falangista. Franco supo dividir a sus enemigos y hacerse imprescindible.

La «tentación» intervencionista y la conferencia de Hendaya caracterizan la primera fase de las relaciones hispano-alemanas. La apertura del frente ruso, junio de 1941, daría paso a la segunda. La concentración de fuerzas y los crecientes problemas que encontró en el frente oriental, llevaron a Hitler a aplazar sus planes sobre Europa Occidental. *La Operación Fénix* fue formalmente pospuesta, y Ribbentrop dio órdenes a su embajador en Madrid para que no planteara la entrada de España en la guerra, la «no beligerancia» y las privilegiadas relaciones comerciales parecían suficiente contribución. En España, mientras tanto, aumentaba el deseo de mantenerse neutral y de lograr una diplomacia independiente de la de Berlín. Las dimensiones que el conflicto tomaba, la incapacidad económica y militar española y los crecientes problemas alemanes en el frente oriental así lo aconsejaban. Sin embargo, y de forma paralela, asistimos a la aparición de un fenómeno que fue creciendo en importancia, y que concluyó caracterizando la acción exterior alemana hacia España: la

rivalidad entre los organismos del estado y del partido para controlar y definir la diplomacia. Era una pugna entre dos concepciones distintas, la representada por los funcionarios del estado, que actuaban en términos de diplomacia de poder, y la de los del partido, de carácter más ideológico. Si para los primeros la «no beligerancia» española era suficiente, para los segundos era «cuestión de prestigio» la falangistización del régimen español y su entrada en la guerra en el momento oportuno. El estancamiento en el frente oriental y la generalización del conflicto con la entrada de los Estados Unidos, acabarían por inclinar la balanza a favor de los segundos. Los «camisas viejas» fueron en un primer momento el instrumento que acabaría con las dudas de Franco y, dentro de ellos, Salvador Merino fue el elegido por Berlín. Sin embargo, Franco supo librarse de él a la vuelta de su viaje a la capital del Reich. El comandante en jefe de la División Azul, Muñoz Grandes, fue el recambio designado. En julio de 1942 Hitler y Muñoz Grandes se entrevistaron para analizar las relaciones entre ambas naciones. Allí el general español se comprometió a que, a su vuelta victorioso de Rusia, obligaría a Franco a dar un giro a su política o, si era necesario, le depondría. La caída de Serrano Suñer, símbolo para los alemanes de la política antifalangista, y las dificultades en Rusia, llevaron a Hitler a abandonar la carta Muñoz Grandes.

El desembarco aliado en el norte de África dio un giro a la guerra con importantes consecuencias para las relaciones hispano-alemanas. La situación de España era de indudable valor para controlar la entrada en el Mediterráneo, y como puente natural entre Europa y África. Los aliados temían su unión definitiva al Eje, lo que expondría su retaguardia. Hitler creía que la vinculación ya existente en España con el Reich determinaría a los aliados a ocuparla para asegurar así su penetración por el Mediterráneo. El Gobierno español, por su parte, temía tanto una invasión aliada como una alemana. Franco actuó con gran prudencia dando un giro importante a su política exterior. Las quejas aliadas sobre privilegios alemanes en España comenzaron a tener audiencia. La idea de entrar en la guerra fue defini-

tivamente abandonada con la sola excepción de los reductos falangistas.

A Alemania ahora sí le interesaba la entrada de España en la guerra, pero era obvio que Franco se negaría a participar en aquellas condiciones. Hitler se planteó la invasión de la península para controlar el Mediterráneo, intensificar la guerra de submarinos y atacar a los aliados por su retaguardia. Si al final no lo hizo fue, a juicio del Reich, por dos razones: el convencimiento de que Franco ordenaría a resistir, lo que supondría para Alemania un esfuerzo bélico que no estaba en condiciones de emprender, y el miedo a que se produjera una crisis política que diera paso a una revolución republicano-comunista. A Alemania le interesaba la entrada de España, pero sólo si ésta era voluntaria. En caso contrario valía más el mantenimiento de la situación: una España «no beligerante» inclinada a favor del Eje, que no permitiera el paso de los aliados por la península ibérica. Esta solución tenía como ventaja la concentración de la potencia militar en los frentes ya establecidos.

Hitler aceptó la neutralidad española sin por ello renunciar a su futura participación en la guerra. La diplomacia oficial quedó definitivamente apartada ante las presiones de las SS, el partido y el Ministerio de la Propaganda. La intervención en la política interior española se hacía ahora más urgente ante el éxito aparente de las maniobras inglesas respaldando la opción monárquico-neutralista, especialmente entre los generales, lo que hacía temer un golpe de estado que diera paso a D. Juan. En esta ocasión el fracaso fue aún mayor que en las precedentes. Frente al consejo de la embajada el hombre elegido para dar un cambio de timón a la política española y, ahora sí, entrar en la guerra fue el Ministro Secretario General del Movimiento Arrese. Si bien era un «camisa vieja» y habían respaldado a Hedilla, lo que le había costado la cárcel con Franco, a la altura de 1942, era un fiel servidor de éste. Como Salvador Merino y Muñoz Grandes fue invitado a Berlín - enero 1943- para dialogar con las altas instancias del Reich, pero en esta ocasión el interlocutor español no se mostró dispues-

to a la intriga. Con Arrese se puso fin a la diplomacia secreta.

El año 1943 da paso a la última fase de las relaciones hispano-alemanas. Por las mismas fechas en que Arrese viaja a Alemania, Franco sugiere al embajador británico la conveniencia de abrir negociaciones de paz entre el Reino Unido y Alemania para alejar el peligro comunista de Europa. Franco se distanciaba del Eje hacia una mayor neutralidad. Por iniciativa de Hitler el 12 de febrero se firmó el Protocolo Secreto hispano-alemán por el que España se comprometía a defenderse en caso de un ataque aliado. Hitler se aseguraba así el frente occidental y renunciaba definitivamente a la entrada de España en la guerra. Franco, por su parte, evitaba la posibilidad de un ataque preventivo alemán. El desembarco aliado en Sicilia, en julio de 1943, consolidó la situación establecida por el Protocolo Secreto. Hitler necesitaba utilizar toda su potencia bélica en los frentes abiertos y Franco intensificó su política de neutralidad, la «no beligerancia» fue abandonada y la División Azul volvió del frente ruso. Poco a poco el contenido falangista de la política exterior española fue arrinconado para dar paso al «nacional-católico» que caracterizaría el periodo de la posguerra. El régimen de Franco encontraría sus nuevas señas de identidad en dos valores cotizados en la naciente sociedad internacional y que utilizaría para lograr su supervivencia: la catolicidad y el anticomunismo.

Frente a la idea comunmente extendida, por obra de la publicística franquista, de que los años de la II Guerra Mundial fueron de permanente tensión entre una Alemania amenazante, que nos exigía la inmediata entrada en la guerra, y una-España acosada donde sólo la genialidad gallega de Franco hizo posible la neutralidad, la obra de Ruhl nos proporciona una visión más coherente. En 1940 fue España, y no Alemania, quien planteó la entrada en la guerra. La mala situación económica y, sobre todo, el reparto colonial llevaron a Hitler a posponerla hasta finalizada la campaña rusa. Sólo en el periodo comprendido entre el desembarco aliado en el norte de África, noviembre de 1942, y la ocupación de Sicilia, julio de 1943, hubo auténtico interés alemán por la

entrada de España. Para entonces Franco ya tenía un pleno control de la Falange, por lo que el régimen pudo dar una imagen de unidad en favor de la neutralidad. La in-

tervención alemana fue más importante, frente a lo que se ha venido defendiendo, en la política interior y es aquí donde la habilidad de Franco realmente destacó.

F.P.*

* Profesor de Historia Contemporánea de la U.N.E.D.